



ADÁN Y NOSOTROS

Una historia olvidada.

P. Ramiro Sáenz

ADÁN Y NOSOTROS

Una historia olvidada.

“A la luz de esta Revelación, tanto la sublime vocación del hombre cuanto la profunda miseria que padece encuentra su razón última” (Gaudium et Spes, 13).

INTRODUCCIÓN

Somos “hijos de Adán”¹. De un solo hombre, Dios sacó todos los hombres, resultando así una real unidad y solidaridad del género humano en nuestro común progenitor. Esto ha de ser tenido en cuenta para entender al hombre, al hombre real y concreto, al hombre existencial. Con gran vigor se expresaba S. Ambrosio: “Fuit Adam et in illo fuimus omnes; periit Adam et in illo omnes perierunt” (“Fue creado Adán y en él estábamos todos; pereció Adán y en él todos perecieron”). La historia de Adán es nuestra propia historia. Nadie puede decir que conoce al hombre analizándolo solamente en sí mismo. Nos acabaría pareciendo contradictorio como piensan los existencialistas ateos, y por lo tanto, un absurdo. O tendríamos que fraccionarlo: la parte buena es la que corresponde al espíritu y la mala a la carne. Estos tiempos de antropocentrismo son lo suficientemente individualistas para desconocer los vínculos con nuestro padre común. Y lo suficientemente colectivistas para pensar que la persona no existe, que el ser individual es un ser “abstracto” y solo es real en su clase social, definiéndose por el “conjunto de relaciones socio-económicas de clase”. Hay que estudiar al “hombre histórico”, al hombre “situado en la historia”, como tanto ha insistido la filosofía contemporánea. Pero si se quiere tomar en serio esta tarea es menester remontarse hasta Adán y no sólo rastrear sus relaciones actuales o retroceder en la historia hasta perderlo en alguna caverna en la noche de los tiempos (o en la noche de los antropólogos). La corta biografía del primer hombre es el prólogo obligado de cualquier otra biografía o de cualquier libro de Historia. En resumen, no se entiende al hombre sin Adán.

Es más. Si el hombre actual es incomprensible sin Adán, ambos quedan aún en la niebla sin Cristo. Será S. Pablo el que genialmente nos señalará, en el seno de su visión teológica de la historia, la centralidad de Cristo que ha “recapitado” todas las cosas, “las del cielo y las de la tierra” disgregadas por obra de Adán². Es decir: “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. El que es

¹ Ps. 61, 10; 90, 3.

² Cf. Ef. 1, 3-14; Rom. 5, 12-19; 8,20; 1 Cor. 15, 22.45

‘imagen del Dios invisible’ es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado”³.

Pero surge un problema: ¿cómo llegar hasta Adán para conocerlo? Muchos están convencidos de que es un problema de arqueólogos, de buscadores de huesos. Como si pudiésemos conjeturar algo en la hipótesis de encontrar su esqueleto. Aquí no bastan las simples ciencias experimentales, la sola razón. Por dos motivos. El primero, porque en el hombre hay algo que excede la razón y la experiencia, y así su luz es impotente para sondearlo; hay una distancia formal, esencial, que es infranqueable. El segundo, porque aun aquello que está al alcance de la ciencia, le escapa por la distancia física e histórica del objeto. Ni la arqueología, ni la antropología cultural llegan a tocar a Adán de cerca. Dice S. Tomás que “en lo que supera la naturaleza creemos por la autoridad divina”; por consiguiente habrá que emplear necesariamente el camino de la Revelación sobrenatural.

Reconocemos que no todo es tan fácilmente inteligible en el tema. ¿Cómo es posible que la falta del primer hombre sea también mía? ¿Hasta dónde estamos vinculados en la culpa? ¿Puede haber culpa heredada? ¿De qué manera me tocan los efectos penales de Adán? Ciertamente que en el centro de la cuestión hay un misterio, que como tal debe ser aceptado. Por el terco empeño de simplificarlo o racionalizarlo, lo único que se consigue es desplazarlo a otras zonas. “El hombre, ha dicho Pascal, es más inconcebible sin este misterio que lo que este misterio es para el hombre”.

El estudio del pecado original ha tenido un desarrollo histórico. El primer gran teólogo que debió hacer precisiones, logrando una síntesis brillante, fue S. Agustín. Sin embargo, en su afán por rebatir a los pelagianos, no dejó clara la relación del pecado con la concupiscencia. Luego, con la lectura parcializada, Lutero, Bayo y Jansenio hicieron pie en S. Agustín para identificar el pecado original con la misma concupiscencia, concluyendo en la imposibilidad de que pudiese ser borrado, y afirmando por tanto que éramos dignos de ser aplastados por un Dios cruel y justiciero. Fueron en verdad los teólogos medievales los auténticos continuadores de la obra de S. Agustín. Teniendo en cuenta los trabajos de un filón de la tradición griega del Pseudo-Dionisio, bien digeridos por S. Anselmo, elaborarían una serena síntesis que ciertamente culmina con S. Alberto Magno, S. Buenaventura y S. Tomás de Aquino. El Concilio de Trento tomará de esta providencial herencia, como antiguamente lo habían hecho los de Cartago y Orange con S. Agustín.

Las discusiones de los primeros siglos giraban en torno a la interpretación de los textos de la Escritura y la Tradición. A partir del siglo XVIII se cambia la perspectiva. Los tiempos del racionalismo, el iluminismo, el enciclopedismo, no querían contar más que con la razón para sus investigaciones. Así, a Juan Jacobo Rousseau le resultaba incomprensible este “dogma cruel”, asegurándonos cándidamente que “l’homme est naturellement bon”. La miopía racionalista, introducida ya en la teología protestante por Schleiermacher, pasaba al campo católico con el movimiento modernista. El error racionalista desembocó finalmente en dos principios suicidas: el agnosticismo y el subjetivismo de la “inmanencia vital”. Con esto no sólo se borran los límites de lo

³ Conc. Vat. II, Gaudium et Spes, 22; Juan Pablo II, Enc. Redemptor Hominis, 4.

natural y sobrenatural sino que se pierde sencillamente el contacto con toda la realidad.

Hoy nos encontramos con un mundo apóstata. No es sólo un mundo sin Dios, sino toda una religión secularizada, invertida, antropocéntrica, la que se está gestando. “La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión del hombre que se hace Dios”⁴. Frente a un “occidente cristiano” débil y vulnerable, y un cristianismo acomplejado y dubitativo, ha investido, con fuerza e inteligencia bien provista de un aparato armado, para sustituir, casi sin gritos de alarma, a la verdadera iglesia de Cristo. Aparecen así, siniestramente, a continuación de su negación, los sustitutos secularizados del dogma, la moral y el culto. El marxismo encuentra su dogma del “pecado original” en la propiedad privada, fuente de “alienación” del hombre. Freud cuenta una historia tan insólita que vale la pena transcribir:

“El padre de la horda primitiva se había reservado, como déspota despiadado, la posesión de todas las mujeres, matando y expulsando a sus hijos como peligrosos rivales. Un día los hijos se reunieron, mataron al padre, que había sido su enemigo, pero también su ideal, y comieron su cadáver. Después del delito ninguno de los hermanos pudo llegar a poseer la herencia paterna, porque cada uno se lo impedía al otro. Bajo la influencia de tal fracaso y del arrepentimiento, aprendieron a soportarse el uno al otro, uniéndose en un clan fraterno, regidos por los principios del totemismo —encaminados a impedir la repetición del delito— y renunciaron a la posesión de las mujeres, causa de la muerte del padre. El banquete totémico sería la ceremonia conmemorativa del monstruoso asesinato del cual derivaría la conciencia humana de la culpa (pecado original), punto de partida de la organización social de la cual, a su vez, tomaría origen la religión y las restricciones morales. Esta teoría de la religión arroja una luz especial sobre el fundamento psicológico del cristianismo, en el cual subsiste sin ninguna mixtificación la ceremonia del banquete totémico en el Sacramento de la Comunión”⁵

Para los primeros habrá un redentor, o mejor, una “clase redentora”: el proletariado, que, víctima inmaculada, “asumirá” la naturaleza humana para llevarla hasta el estado final de transformación “cualitativa”⁶. Para los freudianos, el hombre será redimido por el psicoanálisis, que quitará el “sentimiento neurótico de culpa”. En el seno mismo de la Iglesia, Pío XII daba su voz de alarma, enumerando entre los diez errores más graves de estos tiempos, la negación del pecado original⁷. Negado este concepto, “a nadie se le oculta que ya no queda lugar para Jesucristo, para la Iglesia, para la gracia..., en suma, que todo el edificio de la fe se destruye hasta en sus mismos fundamentos”⁸. Sustituido este concepto, aparecerán “otros” redentores en nombre de Cristo, o se hará de Cristo un psicoterapeuta en acción o un revolucionario. Según sea el mal será el redentor.

⁴ Pablo VI, Alloc. del 7 de diciembre de 1965, durante la sesión pública de clausura del Conc. Vaticano II.

⁵ S. Freud. **Mia vita e opera**, Roma 1948, p. 131; cit. por Pericle Felici en **El pecado en la filosofía moderna**, Rialp, Madrid, 1963, pp. 157-158

⁶ Ver el excelente trabajo de Dennis Cardozo Biritos: “Redención y transfiguración en Carlos Marx”, en Mikael 26 (1981) 53-75

⁷ Enc. Humani Generis, 13.

⁸ S. Pío X, Enc. Ad Diem Illud, 12.

I. EL ESTADO DE JUSTICIA ORIGINAL Y LA CAIDA.

1. EL ESTADO DE JUSTICIA ORIGINAL.

Sea cual fuere el alcance que se le dé al sentido verdaderamente histórico que tienen los once primeros capítulos del Génesis, no pueden caber dudas de que allí se habla de un estado de rectitud, integridad, familiaridad con Dios, y felicidad del primer hombre, Adán, en los albores de la creación. A tal estado la teología lo ha llamado de “inocencia” o, a partir de S. Anselmo, en el siglo XII, de “justicia original”.

¿En qué consistía tal estado? Los Padres y Doctores de la Iglesia, con sagaz y piadosa penetración, habían leído aquel versículo de la Escritura: “Deus fecit hominem rectum” (“Dios hizo al hombre recto”)⁹, y entendido en su sentido más hondo (“sensu pleniore”) que se estaba describiendo la situación de Adán. Concluían así unánimemente que lo esencial de aquel estado consistía en ser un “estado de rectitud”. Así, por ejemplo, S. Agustín:

“Dios, como está escrito, hizo al hombre recto y por consiguiente, con una voluntad buena, porque sin voluntad buena no sería recto”¹⁰.

Se trataba, sin duda, de una rectitud total: del hombre interior, del hombre exterior; del hombre en sus múltiples relaciones: con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación. De esto nos habla S. Alberto Magno:

“Se entiende por justicia original un orden de rectitud de las fuerzas inferiores a las superiores, de las superiores a Dios, del cuerpo al alma y del mundo al cuerpo. En este orden fue creado el hombre”¹¹.

El Magisterio de la Iglesia se había expresado ya en el siglo IX con palabras semejantes:

“Dios creó al hombre recto, sin pecado, con libre albedrío y lo puso en el Paraíso, y quiso que permaneciera en la santidad de la justicia”¹².

Luego el Concilio de Trento agregará que Adán había sido “constituido en santidad y justicia”¹³.

Pero el estado de rectitud del primer hombre, en el cual fue creado, ¿era sobrenatural o simplemente con su naturaleza reforzada por dones especiales, llamados preternaturales?¹⁴ Esta duda, nacida en el medioevo, divide las escuelas.

⁹ Eclo. 7, 30

¹⁰ **De Civitate Dei**, XIV, 11, 1.

¹¹ **In IV Sent.**, II, dist. 16, ad 5. También Alej. De Hales, **Summa Sent.**, II, q. 122, 10; S. Buenaventura, **In IV Sent.**, II, dist. 19,3, q. 1, ad 3; **Breviloquium**, II, 10.

¹² Concilio de Quiercy, Denz. 316.

¹³ Denz. 788.

¹⁴ Sobrenatural es todo aquello que no forma parte de la naturaleza, ni es efecto de ella, ni entra dentro de las exigencias a las que tiene título la misma, sino que está por encima del ser, de las fuerzas y de las exigencias de la naturaleza. Preternatural es lo que trasciende las fuerzas de alguna naturaleza creada,

Hugo de San Víctor, Alejandro de Hales y S. Buenaventura se inclinan por la segunda alternativa. Luego de un acto virtuoso, puesto con una gracia actual, habría conseguido el estado sobrenatural. La otra corriente, que está mejor fundada en los Padres de la Iglesia, es la defendida por S. Tomás con buenas razones:

*“Pero que fue creado también en gracia, como otros sostienen, parece exigirle la rectitud del estado primitivo, en el cual, según el Eclo., **Dios hizo al hombre recto**. En efecto, esta rectitud consistía en que la razón estaba sometida a Dios; las facultades inferiores a la razón, y el cuerpo al alma. La primera sujeción era causa de las otras dos, ya que, en cuanto que la razón permanecía sujeta a Dios, se le sometían a ellas las facultades inferiores, como dice S. Agustín. Pero es manifiesto que esta sujeción del cuerpo al alma y de las facultades inferiores a la razón no era natural; de serlo hubiera permanecido después de haber pecado... Por donde la primera sujeción, por la que la razón se subordinaba a Dios, no era sólo natural, sino un don sobrenatural de la gracia, ya que el efecto no puede ser superior a la causa”¹⁵*

Se trata pues de un verdadero estado de rectitud o de justicia en las múltiples relaciones del hombre. Tal estado era la resultante de cinco dones ordenadores, agregados a la naturaleza, a saber: la gracia santificante, la integridad, la inmortalidad, la impasibilidad y el perfecto dominio sobre las cosas. Veamos uno por uno.

En primer lugar la **gracia santificante** en el alma, acompañada por el inseparable cortejo de virtudes infusas y dones del Espíritu Santo. La esencia de la justicia original no era propiamente el estado de gracia, por más que sea este el más perfecto de los dones. Esta se requería como raíz y energía sobrenatural para poder ordenar al hombre a las alturas de la Divinidad. Así lo aclaró agudamente S. Tomás:

“...la raíz de la justicia original está en la conformidad sobrenatural de la razón con Dios, lo cual se tiene por la gracia santificante”¹⁶

La noticia de este don fundamental y primerísimo puede leerse en los textos del Antiguo Testamento. Pero su plena revelación está en el Nuevo Testamento. Sobre todo en la teología de S. Pablo, donde se habla de Cristo como del segundo Adán¹⁷ que restaura el “hombre viejo” para establecerlo en la primitiva “justicia y santidad verdaderas”¹⁸. Los Padres creyeron ver expresada esta perfección sobrenatural en el libro del Génesis cuando se habla de la “imagen y semejanza”, y del “aliento de vida”, o también en la “rectitud” a que alude el Eclesiástico. S. Agustín comenta que nuestra renovación consiste en “recibir la justicia que el hombre había perdido por el pecado”¹⁹. Y S. Juan Damasceno:

“El Hacedor concedió al hombre su gracia divina, y por medio de ella se comunicó a Sí mismo”²⁰.

pero no las fuerzas de toda naturaleza, como lo sobrenatural. Los llamados “dones preternaturales”, dados a Adán, mejoraban su naturaleza.

¹⁵ **Summa Theologica**, I, 95, 1.

¹⁶ *Ibid.* I, 100, 1, ad 2.

¹⁷ Rom. 5, 12-21; 2 Cor. 5, 15-21.

¹⁸ Ef. 4, 24.

¹⁹ **De Gen. Ad Litt.**, VI, 24, 35.

²⁰ **De fide orth.**, II, 30.

No era sólo la gracia en la esencia del alma. De ella brotaban todas las virtudes teologales y morales necesarias para ordenar el entero dinamismo del hombre. Como afirma S. Tomás:

“La rectitud del estado primitivo exigía que el hombre poseyera en algún modo todas las virtudes” ya que éstas son “ciertas perfecciones por las cuales la razón se ordena a Dios y las potencias inferiores se ajustan a las reglas de la razón”²¹

A este don sobrenatural se refiere el Concilio de Trento al hablar de la “santidad y justicia” de Adán²². Esto explica la inocente familiaridad que nuestros primeros padres tenían con Dios. Vigorizados con una fe lucidísima y una caridad ardiente, toda su vida transcurría en el Paraíso teologalmente ordenada a Dios. Llenos de fervor se ocuparían hasta de las ínfimas actividades cotidianas.

El segundo don concedido a Adán era el de **integridad**, correspondiente a la segunda de las sujeciones: de las pasiones a la razón. Para que la preocupación de la mente en las cosas divinas no encontrara obstáculos y se ejercitara con serenidad, se le concedió la absoluta inmunidad de la concupiscencia.

“En el estado primitivo no había nada interiormente que impulsara al pecado, como hay ahora”²³

Las pasiones o apetitos de tal manera se sujetaban a la razón que ningún acto de aquéllos podía contrariarla. Reinaba allí, dice hermosamente S. Agustín, “un imperturbable amor a Dios”, de manera que evitaban el pecado “sin inquietud alguna”²⁴. A esto se refiere el autor sagrado cuando nos cuenta que “estaban desnudos sin avergonzarse de ello”²⁵. El gran doctor de la Iglesia griega, S. Juan Crisóstomo, nos describe así la integridad de nuestros padres:

“Antes del pecado vivían nuestros primeros padres en el paraíso como ángeles; no se sentían acuciar por el aguijón de la concupiscencia ni se hallaban infestados por otras afecciones perversas; no estaban sometidos a las necesidades de la naturaleza, sino que, creados por Dios totalmente incorruptibles e inmortales, ni siquiera sentían la necesidad de vestidos para cubrirse. Porque antes del pecado estaban vestidos con la gloria que venía de arriba y, por lo tanto, no se avergonzaban”²⁶

O con las exactas palabras de S. Tomás:

“Las cosas que se ordenan a un fin se ordenan según la necesidad del mismo fin. Mas el fin al cual el hombre fue ordenado por Dios excede toda facultad de la naturaleza creada, el cual consiste en la visión del mismo Dios, solamente connatural al entendimiento divino. Por lo mismo, fue conveniente colocar a la naturaleza humana en tal estado que no sólo poseyera aquello que le es debido según los principios naturales, sino también otras cosas que están sobre su poder y virtud natural, por medio de las cuales pudiera llegar fácilmente al fin. Y

²¹ **Summa Theologica**, I. 95, 3.

²² **Denz.** 788.

²³ S. Tomás, **Summa Theologica**, I, 95, 4, ad 3.

²⁴ **De Civitate Dei**, XIV, 10.

²⁵ Gen. 2, 25.

²⁶ **In Gen.**, hom. XVI.

porque no podía amar el fin último ni conseguirlo a no ser por la parte superior de su espíritu, que es la mente, es decir, el entendimiento o razón superior, sellada con la imagen de Dios, por eso mismo, para que aquella parte del espíritu tendiera a Dios sin dificultades, le fueron sometidas al hombre las facultades inferiores de su alma a la superior de la razón (integridad), de tal manera que nada pudiera acontecer en ella que estorbara o impidiera el movimiento ascensional del hombre a Dios”²⁷.

Los hombres se multiplicarían por generación, como ahora, pero sin el desorden de la concupiscencia. Lo mismo ocurriría con la alimentación. No existiría la “deformidad de una concupiscencia inmoderada”²⁸. Escuchemos a S. Agustín:

“Lejos de nosotros sospechar que en tal facilidad de mandatos y en tamaña felicidad los hombres no podrían engendrar sin el morbo de la libido. Estos miembros, como los demás, se moverían al arbitrio de la voluntad, y el marido se acercaría al regazo de la esposa con tranquilidad de ánimo, sin el estímulo del ardor libidinoso”²⁹.

Existiría en aquel acto el gozo natural, e incluso mayor que el actual, pero el deleite estaría regulado por la razón, y se daría sin el ardor de la sensualidad y el consiguiente desasosiego del alma.

El tercer don respondía a la perfecta sujeción del cuerpo al alma: la **inmortalidad**. Esta, nos aclara, S. Agustín, no consistía en un no poder morir (“non posse mori”) sino en poder no morir (“posse non mori”) ya que la muerte es connatural al hombre³⁰. Se trataba de una verdadera gracia preternatural, que ahorraba a la naturaleza una necesidad dolorosa. En efecto, “Dios no hizo la muerte”³¹, sino que “por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte”³². El Magisterio de la Iglesia nos ha hablado de ello repetidas veces, presentando esta doctrina como una verdad de fe³³.

Dios concedía al alma un poder especial para preservar al cuerpo de la corrupción mientras Adán no pecara, es decir, mientras no se apartara del sentido último de su vida. Aun en la posibilidad “ab extrinseco” de morir estaba bien defendido ya sea por su prudencia sapientísima como por una especial providencia de Dios³⁴. A su vez tal incorrupción estaría producida por la manducación de los frutos del “árbol de la vida”, que obrarían como medicina reparadora y preservativa de la vejez, ya que el organismo tendría su natural desgaste.

Para gozar pacíficamente de Dios era asimismo conveniente que no sólo tuviera la “tranquilidad de las pasiones” y la exención de la muerte, sino también la inmunidad de toda perturbación orgánica y psicológica, ya viniera de fuera o de dentro. Se trata del don preternatural de **impasividad**. Por éste, el hombre estaba libre del dolor, de las

²⁷ In Sent., 2, d. 30, q. 1, a. 1.

²⁸ S. Tomás Summa Theologica, I, 98, 2.

²⁹ De Civitate Dei, XIV, 26.

³⁰ De Gen. Ad Litt. VI, 25,36.

³¹ Sab. 1,13.

³² Rom. 5, 12.

³³ Conc. de Cartago, Denz. 101; Conc. de Orange, Denz. 175; Conc. de Trento, Denz.788; Pablo VI, El Credo del Pueblo de Dios, 16.

³⁴ S. Tomas, Summa Theologica, I, 97, 2, ad 4.

enfermedades, del cansancio, de la sed, del hambre, del temor, de la tristeza, de la depresión, de la angustia, etc. También como en la inmortalidad, estaba libre de todo agente exterior nocivo. El trabajo, realizado por especial encargo de Dios³⁵, estaría exento de todas las molestias actuales y tendría más bien carácter recreativo y agradable.

Incluso nos es lícito suponer, por razón de congruencia, que a toda la perfección añadida a la naturaleza de nuestros primeros padres, nos les debía faltar una complexión física no sólo robusta sino también de admirable belleza y proporción. Tal vez esto quede insinuado en aquella frase de Adán al ver por primera vez a su esposa: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”³⁶.

A la serie de sujeciones que hemos expuesto, y para completar ese orden admirable, Dios concedió al hombre, como una nueva dádiva, **la sujeción de todo lo creado**³⁷. De allí que no sólo la entera creación marchaba en orden perfecto, como el interior del hombre, sino también que todo estaba sometido a nuestro primer padre en razón de su superioridad. Adán era algo así como el “dispensador” de la providencia de Dios³⁸. Los animales, aun los feroces y carnívoros, tenían la misma naturaleza, pero se comportarían con el hombre como los domesticados. Demos ahora la palabra a uno de los más autorizados expositores del tema, S. Juan Crisóstomo:

*“Se manifiesta aquí que el hombre tuvo en un principio una autoridad plena y perfecta sobre las bestias. Que ahora les temamos y nos espanten y no tengamos este dominio sobre ellas, tampoco yo lo niego. Pero esto no arguye falsedad en la promesa divina, porque al principio no fue así, sino que, por el contrario, las bestias temblaban y reverenciaban a su señor. Pero perdimos esta autoridad desde que rompimos nuestra obediencia a Dios. Que todos los animales estaban sujetos al hombre, lo dice la Escritura: **Trajo Dios ante Adán todos los animales de la tierra para que viese cómo lo había de llamar.** Y viéndolos junto a sí, no retrocedió, sino que, como señor, impuso el nombre a sus siervos. Y fue el nombre de todos los vivientes el que él les dio, lo cual ciertamente es señal de dominio”*³⁹

Todo lo que hemos expuesto configura el estado de justicia original en lo que a dones dados “a la naturaleza” se refiere (“dona naturae”). Eran para el ser humano, no sólo para Adán. Había en éste, sin embargo, otra perfección que no podía faltarle como ser racional, padre y maestro de toda la humanidad. Se trata de la **sabiduría infusa**. Tan excelsa, que S. Agustín no duda en calificarla como “excelentísima”, agregando que los hombres más ingeniosos de este mundo, comparados con Adán, “distan más de él en rapidez de inteligencia que las tortugas de las águilas”⁴⁰. Tal afirmación no ha parecido exagerada a los teólogos, teniendo en cuenta, como ya lo observaba S. Juan Crisóstomo, que el “poner nombre” a las cosas es señal de “ciencia y dominio”⁴¹. Hay un importante texto de la Escritura en favor de esta doctrina:

³⁵ Cf. Gen. 2, 15.

³⁶ Gen. 2, 23.

³⁷ Cf. Gen. 1, 22.

³⁸ Cf. S. Tomás, *Summa Theologica*, I, 96, 1, ad 2.

³⁹ *In Gen.*, hom. IX.

⁴⁰ *Op. Imp. contra Iul.*, V, 1.

⁴¹ Cf. Nacar-Colunga, Biblia, Ed. BAC, p 31.

“El Señor formó al hombre de la tierra. Le dio lengua, ojos, oídos y un corazón inteligente. Lo llenó de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal. Le dio ojos para que viera la grandeza de sus obras. Y le añadió ciencia, dándole en posesión una ley de vida”⁴²

S. Cirilo de Alejandría se refería así a la ciencia de Adán:

“Gozaba de un saber perfecto desde los primeros instantes de haber sido creado”⁴³

S. Tomás, teniendo en claro la altísima dignidad de Adán como padre de la humanidad y su estado de justicia original, no duda en afirmar que:

“Conocía a Dios de un modo más excelente que nosotros, llegando a ser su conocimiento un término medio entre el conocimiento de esta vida y el del cielo”⁴⁴.

Su ciencia, infundida por Dios en exacta proporción con su misión de educador universal, estaba a resguardo de los oscurecimientos pasionales, por la integridad de que hablamos anteriormente. Su saber alcanzaba no sólo a todo el orden natural (puso nombre a “todas” las cosas) sino también a las verdades de orden sobrenatural necesarias para sí y para sus descendientes, en orden a gobernar la vida en aquel estado. A su perfección contribuía también el que no cupiera la posibilidad de error pues, como dice Aristóteles, la falsedad es un mal para la inteligencia. Y así opina S. Agustín:

“Aprobar lo verdadero por falso no es de la naturaleza del hombre creado sino de la pena del condenado”⁴⁵.

Por el carácter personalísimo de este don, los descendientes de Adán deberían aprender por experiencia propia o ajena, pero esto se realizaría “sin dificultad” y “sin error”⁴⁶.

Como marco de todo este conjunto arquitectónico de dones, otorgó Dios al hombre un lugar adecuado, proporcional a su perfección: **el paraíso**. Según la tradición, los escritos del Génesis referentes a este lugar deben interpretarse literalmente, como ya sostenía S. Agustín:

“Hay tres opiniones generales sobre el paraíso: una, la de aquellos que quieren que se entienda el paraíso sólo de modo material; otra la de aquellos que quieren que se entienda sólo espiritualmente; la tercera la de aquellos que toman el paraíso en ambos sentidos. Confieso que me agrada la tercera”⁴⁷.

En otro lugar, acepta la interpretación espiritual, “con tal de que se crea la verdad fidelísima de la historia presentada en la narración de los acontecimientos allí realizados”⁴⁸.

⁴² Eclo. 17, 1. 5-7. 9

⁴³ In Io., I, 9.

⁴⁴ S. Tomás, *Summa Theologica*, I, 94, 1.

⁴⁵ *De Lib. Arb.*, III, 18.

⁴⁶ S. Tomás, *Summa Theologica*, I, 101, 1.

⁴⁷ *De Gen. Ad Litt.*, VIII, 1.

⁴⁸ *De Civitate Dei*, XIII, 21.

Allí su cuerpo encontraría todo lo necesario para preservarse del desgaste (alimentos) y de los agentes exteriores nocivos. Ese lugar de incomparable belleza sería como el reflejo exterior del mundo interior y del cuerpo de nuestros primeros padres. S. Tomás encuentra nuevamente en la sublimidad del fin último y la perfección de los dones preternaturales, una fuerte razón de conveniencia en favor de la existencia del paraíso:

“Así como en la felicidad o bienaventuranza hay algo que es de la sustancia de la misma, como la visión de Dios, el gozo, etc., y otras cosas le pertenecen sólo según cierta congruencia, como a la bienaventuranza de los santos un lugar excelentísimo, cual es el cielo empíreo, así también al estado de inocencia, en el que el hombre era en cierta manera bienaventurado, pertenecían algunas cosas como esencialmente –por ejemplo la inmortalidad y la obediencia de las potencias inferiores o la razón- mientras que otras le pertenecían solamente según cierta congruencia. Pues a una vida inmortal, separada de toda inquietud, le convenía un lugar sumamente templado, en el que ni hiciera frío ni calor, y lleno de delicias, cual era el paraíso terrestre”⁴⁹.

Todo este conjunto de dones constituía un verdadero “estado”, es decir, una condición estable de vida, que se transmitiría a los descendientes. Pues la justicia original era por disposición divina un don de la naturaleza (“donum naturae”), un “accidente de la naturaleza específica”⁵⁰, y así se comunicaría a los hijos por generación, ya que es propio del engendrado la semejanza con el que lo engendra.

2. EL PECADO ORIGINAL.

La perfección de Adán duró poco tiempo. Sabemos por la Revelación que históricamente hubo un pecado en el inicio de la humanidad con gravísimas consecuencias. Todo el capítulo 3 del Génesis se dedica a describirlo. Sin embargo los textos del Antiguo Testamento, no demasiado abundantes, no nos hubieran permitido elaborar una teología completa del pecado original. Es en el Nuevo Testamento donde se nos dan los datos más claros, a la luz del misterio de Cristo, para la plena comprensión del Génesis. Cristo habla de la necesidad de “nacer de arriba”, “del agua y del Espíritu”⁵¹. S. Pablo desarrollará este tema en la carta a los Romanos a lo largo de los capítulos 5 al 8. De la generación de Adán proviene el pecado y la muerte, el hombre viejo; de la generación de Jesucristo, a través del bautismo, proviene la justificación, la gracia, la vida, el hombre nuevo. Esta interpretación de S. Pablo, sobre la que se basa toda la exégesis posterior, es la que Trento declara como legítima:

*“Porque no hay que entender de otra manera aquello que dice el Apóstol: **Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado**, sino como la Iglesia Católica difundida por todas partes lo entendió siempre”⁵².*

Y en otro lugar afirma:

⁴⁹ In Sent., 2, dist. 29, a. 5.

⁵⁰ S. Tomás, *Summa Theologica*, I, 100, 1.

⁵¹ Jn. 3, 3,5.

⁵² Denz. 791.

“Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y la justicia en la que había sido constituido”⁵³.

A este hecho tenemos acceso incluso por la tradición oral de muchos pueblos que conservan relatos, aunque oscurecidos por el deterioro de los tiempos, de un estado de felicidad y bondad perdido por una transgresión al principio de los tiempos.

Podemos acudir también, y esto es habitual en los análisis patrísticos, a la vía experimental. La miseria actual del hombre: su estado de disgregación y división interior, la dificultad de su naturaleza para el bien y la verdad, su desborde instintivo y casi sin control hacia lo deleitable, como se da en los mismos animales, etc., todo ello habla de una enfermedad de la que puede sospecharse un carácter penal. Si hay una pena debe haber una culpa, y si la pena es universal también lo será la culpa. Nadie ha descrito con tan vivos colores las miserias humanas como S. Agustín en una de sus mejores obras, **De Civitate Dei**, precisamente cuando se aprestaba a descubrir la gloria final de la Ciudad de Dios; ignorancia, amores inútiles y nocivos, debilidades de la carne, flaquezas de todo tipo, aun las humanamente más degradantes, desconfianzas entre los hombres, peligros en la misma naturaleza, que nos azota con fríos, calores, vientos, relámpagos, terremotos, animales nocivos al rey de la creación, mil enfermedades cuyos remedios son más dolorosos todavía, sueños terroríficos...⁵⁴. Más tarde S. Tomás, midiendo sus palabras en una obra apologética dirá:

“En el género humano aparecen ciertos síntomas bastante probables del pecado original”⁵⁵.

El Concilio Vaticano II se refiere a lo mismo después de haber aludido al pecado original:

“Esto, que la Revelación divina nos manifiesta, concuerda también con la experiencia. El hombre, mirando su propio corazón, se encuentra inclinado al mal y sumergido en múltiples males que no pueden provenir de su Creador”⁵⁶.

Los doctores de la Iglesia no fueron negligentes en profundizar más en la naturaleza de la primera caída. Después de ciertas vacilaciones de algunos de los Padres que, enredados en una exégesis demasiado alegórica del relato del Génesis, pensaron que podía tratarse de una falta de tipo sexual, la decantación fue dejando en claro que el pecado original fue de soberbia. De la múltiple tentación del demonio parece principal esta mentirosa promesa: “seréis como dioses”. No podía concebirse que en el estado de inocencia hubiese una rebelión de la carne, sujeta al espíritu. El tentador fue astuto al vulnerar el sostén de todo el orden interior de Adán, pues “el principio de todo pecado es la soberbia”⁵⁷. Luego vinieron en cadena los demás aspectos de la caída. Ante todo la desobediencia, pues, como razona S. Agustín: “Engreído por soberbia y obedeciendo a la persuasión de la serpiente, despreció los

⁵³ Denz. 788.

⁵⁴ **De Civitate Dei**, XXII, 22, 1-3.

⁵⁵ **Summa Contra Gentiles**, IV, 52.

⁵⁶ **Gaudium et Spes**. 13.

⁵⁷ Eclo. 10, 15.

preceptos divinos”⁵⁸; la gula, como pecado derivado, concretada en la manducación de la fruta “agradable a la vista y deliciosa al paladar”; la curiosidad, despertada por el apetito de la propia excelencia, ya que en seguida del “seréis como dioses” se dice: “conocedores del bien y del mal”.

¿En qué consistió esa pretendida igualdad con Dios? No ciertamente en la naturaleza, ya que ambos sabían muy bien que ello era imposible. Entendieron que no hay grandeza posible al margen de la divina y quisieron alcanzar ese fin que los sobrepasaba apoyándose en su propia capacidad, de la que empezaron a sentir verdadera satisfacción y seguridad. Buscaron la igualdad con Dios a través de la inteligencia y la voluntad: determinándolo que estaba bien o mal y queriendo llegar a Dios con sus propias fuerzas. En resumen: apoyados en sí mismos despreciaron el auxilio divino, “pretendieron alcanzar su propio fin al margen de Dios”⁵⁹.

La magnitud de este pecado la podemos medir por los efectos mortíferos que acarreó: muerte corporal y espiritual. S. Agustín lo considera “inefablemente grande”⁶⁰. Para S. Tomás fue de “máxima gravedad”⁶¹, no tanto por su misma naturaleza sino por la altísima dignidad en la que nuestros protoparentes habían sido constituidos.

El pecado de Adán no lo afecta solamente a él. Su pecado es también nuestro. Reconozcamos que esta afirmación desafía el más sensato de los razonamientos, sencillamente porque es una verdad de fe. Los primeros cristianos tenían muy claras las palabras de Cristo: es necesario nacer de arriba para entrar en el Reino de Dios. Ante las primeras objeciones respondían con una verdad práctica: es costumbre apostólica bautizar a los recién nacidos, por tanto hay en ellos verdadera culpa. El paso de los siglos no aquietó las dudas, y la Iglesia, con la misma tenacidad, defendió y precisó que lo que se heredaba era un verdadero pecado. No sólo se heredaba un mal ejemplo, al decir de los pelagianos, duramente combatidos por S. Agustín y luego por los sínodos de Mileve y Cartago (años 416 y 418), el II Concilio de Orange (529) y el de Trento (1546). Tampoco se trata de meras consecuencias penales, como opinaba Abelardo, condenado en el Concilio de Sens (1140). Ni de una concupiscencia desordenada e inmodificable por la gracia del bautismo, como se empecinaban en sostener los reformadores del siglo XVI, objetados por el Concilio de Trento.

En efecto, no hay otra manera de entender los textos de la Escritura:

“He aquí que en la culpa nací,

*en pecado me concibió mi madre”*⁶²

S. Pablo es categórico:

⁵⁸ Quaest. Sex. Quinque, IV.

⁵⁹ Gaudium et Spes. 13.

⁶⁰ Op. Imp. contra Iul., I, 105.

⁶¹ Summa Theologica, I-II, 1, 105.

⁶² Ps. 50, 10.

*“Así pues como por un hombre entró el pecado en el mundo,
y por el pecado la muerte,
así la muerte pasó a todos los hombres,
por cuanto todos pecaron*

.....

*Pues como por la desobediencia de uno,
muchos fueron hechos pecadores,
así también por la obediencia de uno,
muchos serán hechos justos”⁶³.*

Texto que comenta así un teólogo contemporáneo:

“La exégesis católica entiende este ‘todos pecaron’, no de pecados personales, sino del pecado de Adán en cuanto transmitido a todos sus descendientes, y que, en este sentido, todos fueron constituidos pecadores por el pecado de Adán”⁶⁴.

S. Agustín había invocado la tradición unánime contra el obispo pelagiano Julián de Eclana:

“No soy yo quien ha inventado el pecado original, pues la fe católica cree en él desde antiguo; pero tú que lo niegas eres sin duda un nuevo hereje”⁶⁵.

La Iglesia tuvo que reiterar casi machaconamente antiguas afirmaciones que, elaboradas en realidad por S. Agustín, habían iniciado el cauce del Magisterio en el Concilio de Orange y de allí fueron retomadas por el de Trento: el pecado original es en cada hijo de Adán “muerte del alma” (“mors animae”)⁶⁶. O de otro modo: “injusticia propiamente dicha”; tal falta se encuentra en cada uno “como propia”⁶⁷.

No podemos dudar que en el centro de esta afirmación hay un misterio. Los teólogos han tenido bastantes dolores de cabeza para lograr cierta inteligibilidad de este dogma, o al menos, para mostrar que no es algo absurdo. ¿Cómo puede haber pecado en nosotros sin un acto voluntario? ¿Se requiere la voluntariedad para la definición de pecado? ¿O somos “uno” con Adán? S. Ireneo, del siglo II, hombre clave a quien acudirán para este tema los siglos posteriores, afirmaría sin dar mayores explicaciones: hay una unidad mística de todos en Adán, tan misteriosa como la paralela que existe con Cristo, según atestigua S. Pablo. Ciertamente que para que haya pecado debe haber acto voluntario, pero aquí se trata de la voluntad pecaminosa

⁶³ Rom. 5, 12. 19.

⁶⁴ C. Pozo *El Credo del Pueblo de Dios, comentario*, BAC, Madrid, 1975, pp. 149-150.

⁶⁵ *De Nuptiis et Conc.*, II, 12, 25.

⁶⁶ Denz. 175 y 789.

⁶⁷ Denz. 790 y 795.

de Adán, no de la nuestra. Podemos hablar con propiedad, enseña S. Ambrosio de “pecado hereditario”⁶⁸, o al decir de S. Agustín, de “pecado en cierta manera hereditario”⁶⁹; hay en nosotros, escribe S. Cipriano, “pecado ajeno”⁷⁰. En la patrística se emplea frecuentemente una figura que sirve para aproximarnos a este misterio: en Adán se corrompió la planta humana “como en la raíz” (“in primo Parente velut in radice”)⁷¹. S. Tomás, retomando todos los aportes de la tradición, resuelve con su habitual genialidad el viejo problema que pone el “omnes homines unus homo”:

“Todos los hombre nacidos de Adán pueden ser considerados como un solo hombre, en cuanto que poseen la misma naturaleza participada de aquél... Así, pues, muchos hombres derivados de Adán son como muchos miembros de un solo cuerpo. Y ya sabemos que los actos de un miembro del cuerpo, por ejemplo de la mano, no son voluntarios por la voluntariedad de la mano sino por la voluntariedad del alma, que es el primer motor de los otros miembros. El desorden que existe en este hombre nacido de Adán no es voluntario con la voluntad de este hombre engendrado, sino con la voluntad del primer padre (voluntate parentis), que mueve con movimiento de generación a todos los que de él proceden, como la voluntad mueve todos los miembros a sus actos respectivos”⁷².

El acto pecaminoso de Adán contaminó simultáneamente toda la naturaleza humana: “peccatum naturae”, lo llama S. Tomás, y a la humanidad así mancillada la llama S. Agustín “massa damnata”.

Comprendido esto nos será fácil ver ahora cómo llega hasta nosotros el pecado. Si somos uno con Adán, en cuanto que recibimos de él la naturaleza humana por generación, justamente por esa vía llegará hasta nosotros el pecado. Como la justicia original, el pecado es de la naturaleza (“donum naturae – peccatum naturae”). El semen no transmite en acto el pecado pues no es capaz de ello. Pero como obra instrumentalmente en la generación, en cuanto que dispone a la infusión del alma, se dice que obra instrumentalmente en la transmisión de dicho pecado. De manera que la causa eficiente principal es el pecado de Adán, y la causa eficiente instrumental es el acto natural de la generación. El Concilio de Trento, recogiendo definiciones del de Cartago, afirmaba que se transmite “propagatione, non imitatione”⁷³, es decir, por generación y no por imitación. Debe aclararse que la palabra “propagatione” que usó Trento, debe entenderse como sinónimo de generación⁷⁴. Un autor contemporáneo interpreta aquel texto de Ef. 2,3: “éramos por naturaleza hijos de ira”, como sinónimo de “por origen”, o sea por generación⁷⁵.

Ya vimos en qué consistió la falta de Adán. Al llegar hasta nosotros toda su razón de culpa, si bien está en nosotros, no procede de nosotros sino de la voluntad de nuestro primer padre. Cabe ahora preguntarnos: ¿En qué consiste esencialmente el

⁶⁸ **De Mysteriis**, VI, 32.

⁶⁹ **Retr.**, XIII, 5.

⁷⁰ **Ep.** V, 15, 5.

⁷¹ S. Gregorio, **Ep.** IX, 52. También S. Cirilo, **In Rom.**, V, 12.

⁷² **Summa Theologica**, I-II, 81, 1.

⁷³ Denz. 790.

⁷⁴ Cf. R. Gibellini, **La generazione come mezzo di trasmissione del peccato originale**, Brescia, 1965; cit., por C. Pozo, op. cit., p. 157.

⁷⁵ J. Melhmann, O.S.B.; cit. por C. Pozo, op. cit., p. 163.

pecado original en nosotros? Toda una corriente que en parte se funda en S. Agustín parece inclinarse a vincularlo con la concupiscencia en cuanto relacionada a la culpa primera. Tomando la tradición griega del Pseudo-Dionisio, S. Anselmo sostenía que era una mera privación. La teología medieval, aquí como en tantos otros temas, logró una síntesis única. Si bien hay intentos valiosísimos en S. Alberto Magno y S. Buenaventura, le quedaría reservado a S. Tomás el mérito supremo. Según el Doctor Angélico, el pecado original en nosotros consiste “formalmente en la privación de la justicia original”⁷⁶, con todo el orden admirable que ésta realizaba en el hombre. Dicha privación produce el desmoronamiento de las energías del hombre o, como se expresa S. Tomás, una “desordenada disposición de las partes del alma”, consecuencia de aquella privación o ausencia. De manera que “no es pura privación sino también hábito corrompido”, “hábito innato”. Como la causa de tal desorden es la privación de la justicia original, de allí se deduce que sea esta ausencia su elemento esencial⁷⁷.

Si, según dijimos, era este pecado gravísimo en Adán, en nosotros “es el mínimo de los pecados”, pues el pecado actual tiene más razón de culpabilidad ya que tiene más de voluntario⁷⁸. Este dato es importantísimo para la consideración de la pena que corresponde a los niños que mueren con el solo pecado original.

¿Qué efectos trajo esta falta? Ya que todo el orden de la justicia original dependía de que la voluntad del hombre se sometiese amorosamente a la voluntad de Dios, al quedar ésta apartada del bien divino y volcada al amor de él, todas las otras sujeciones de que hablamos al principio se desmoronaron. Consideremos ordenadamente este proceso de ruina en el hombre.

Ante todo, como se trata de un verdadero pecado, en Adán y en nosotros, desaparece íntegramente la vida sobrenatural. Él Génesis, al referirse a nuestros primeros padres, lo expresa literariamente diciendo que “se ocultaron de Dios”.

En segundo lugar se desatan todas las pasiones del hombre que antes estaban en admirable armonía por el don de integridad. En la S. Escritura se habla de la vergüenza de nuestros primeros padres por su estado de “desnudez”. A esta desvinculación de todas las pasiones se le suele dar el nombre común de “concupiscencia”, ya que la que tiene este nombre propio es la más importante y en la que de algún modo se incluyen todas las demás⁷⁹. Podríamos decir con más precisión, siguiendo a S. Beda⁸⁰, que las pasiones del apetito concupiscible desatadas de la razón y buscando cada una su propio bien deleitable pueden ser llamadas con el nombre común de concupiscencia; las del apetito irascible, que tras el pecado reniegan de la obra ardua, pueden denominarse flaqueza. El hecho de que en uno se dé más o menos inclinación natural a alguna pasión desordenada (ira, lujuria, etc.) no es porque el pecado original se dé en él con distinta malicia sino porque, quitado el lazo de la

⁷⁶ **Summa Theologica**, I-II, 82, 3.

⁷⁷ Cf. *Ibid.* I-II, 82-83.

⁷⁸ Cf. S. Tomás, **Summa Theologica**, I-II, 82, 1, obj. 2.

⁷⁹ Cf. S. Tomás, **Summa Theologica**, I-II, 82, 3, y ad 2.

⁸⁰ Cf. **In Lucam**, 10, 37.

justicia original, cada pasión busca moverse con distinta fuerza según las características individuales.

Como es sabido, Lutero, identificaba el pecado original con la concupiscencia, interpretando falazmente a S. Pablo. Sobre ese punto, el Concilio de Trento aclaró que ésta “procede del pecado y al pecado inclina”⁸¹.

En tercer lugar, el cuerpo que antes era retenido por el alma para evitar la muerte, ahora queda sujeto a la corrupción: “polvo eres y al polvo volverás”.

La inmunidad del dolor también desaparece. A Adán se le dice: “ganarás el pan con el sudor de tu frente”; a Eva: “multiplicaré los trabajos de tus embarazos y con dolor tendrás a tus hijos”. A ambos se les anuncia el castigo en lo que es su principal deber de estado: el trabajo y la maternidad.

La creación también quedó vulnerada: “maldita la tierra por tu culpa”, “te producirá espinas y abrojos”. No sólo el hombre pierde señorío sobre los seres inferiores, teniendo que padecer la humillación de su rebelión (piénsese en los animales salvajes agresivos al hombre, los virus y bacterias, ciclones, terremotos, inundaciones, etc.) sino que puede pensarse legítimamente que la misma naturaleza quedó desordenada en sus leyes internas, trasuntando la herida del hombre. La naturaleza tenía sentido porque se ordenaba al hombre y éste a Dios. Y ahora que se distancia del Señor el hombre, el “microcosmos”, ¿por qué ha de seguir sometién dosele? Si por una providencia especial de Dios, un don agregado a la naturaleza del hombre la perfeccionaba aun en su ser físico, ¿no puede pensarse que la tierra, que debía ser “llenada” por el hombre según el mandato divino, tuviese también a su modo una especie de don ordenador en función de habitáculo del hombre? Los desiertos y zonas inundadas, los excesos de frío y calor, dan la impresión de defectos desproporcionados, no al hombre caído, sino al hombre de la justicia original. La maldición de Dios alguna eficacia debe haber tenido, como la tuvo el “hágase” de la creación. S. Pablo ofrece a este respecto un texto muy sugestivo, puesto justamente donde habla de la obra de Adán:

“pues la expectativa (segura e impaciente) de la creación aspira a la manifestación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, quedó sujeta a la vanidad de este mundo, no voluntariamente, sino a causa del que la sometió, con la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”⁸².

No sabemos a ciencia cierta el alcance de esta afirmación. Pero sea lo que fuere, al menos se afirma que por el pecado de Adán “el estado actual de la naturaleza no es el que debe ser” o fue al principio⁸³. Ella, que estuvo antes vinculada al estado de justicia original, lo está ahora al estado de naturaleza caída.

⁸¹ Denz. 792.

⁸² Rom. 8, 19-22.

⁸³ A. Gaudel, “Peché originel”, en D.T.C., T. XII, col. 314.

En último lugar, la sumisión de la inteligencia a la verdad quedó debilitada. Es cierto que los hijos del Adán prepecador no hubieran nacido sabios. Pero con casi espontánea operación de su entendimiento y alguna ayuda de un maestro irían aprendiéndolo todo, aun las cosas más difíciles. En razón del pecado, la inteligencia quedó herida, sobre todo en el juicio práctico (prudencia), por el oscurecimiento de las pasiones. Sin embargo debemos decir que la ciencia o se perdió de golpe en los primeros padres por lo que algo pudieron comunicar a sus hijos y nietos; éstos, como discípulos de un gran maestro, habrán podido retener muchas conclusiones sin ver con claridad los principios.

¿En qué estado final quedó la naturaleza humana? ¿Hasta qué profundidad llegó el desorden? La tradición habla de “vulnera”, heridas (S. Cipriano), “nuditas”, desnudez (S. Agustín), “infirmas”, debilidad, “languor”, flaqueza, “aegritudo”, enfermedad (S. Gregorio), “corruptio”, corrupción (S. Anselmo), “habitus corruptus”, hábito corrompido (S. Tomás). Los teólogos medievales, siguiendo una tradición casi unánime, entendieron que la parábola del buen samaritano podía referirse a Adán. Él es el hombre agredido que baja de Jerusalén (justicia original) a Jericó (naturaleza caída). Allí quedó despojado de sus bienes y herido. Es decir, “expoliatus in gratuitis, vulneratus in naturalibus”, despojado de los dones sobre y preternaturales y herido en su naturaleza⁸⁴.

La Iglesia ha mantenido un equilibrio muy costoso entre dos tendencias antropológicas heréticas de signo contrario, que son una constante en la historia. La de los pelagianos y modernos racionalistas, por un lado, que afirman que la naturaleza humana no ha sido vulnerada. Contra éstos enseña que ha sido ciertamente “cambiada en peor”, que “la libertad está atenuada y debilitada”, que “la voluntad (está) inclinada al mal”⁸⁵. La de los reformadores del siglo XVI, Bayo y Jansenio, por otro lado, que sostienen que la naturaleza ha quedado esencialmente corrompida. Contra éstos defiende que el libre albedrío “no ha quedado extinguido”, que es posible a la inteligencia “conocer con certeza” algunas verdades de orden natural, “hacer algunas obras naturalmente buenas”, y ser transformado por la gracia⁸⁶.

Basten como explicación estas acertadas precisiones del Angélico respondiendo al interrogante que nos ocupa:

“Podemos hablar en triple sentido del bien de la naturaleza. Primeramente se aplica este nombre a los principios intrínsecos que la constituyen y a las propiedades que de ellos dimanar, como son las potencias del alma y cosas semejantes. En segundo término, como el hombre está inclinado a la virtud por su propia naturaleza, esa inclinación es un bien de la naturaleza. En tercer lugar se aplica el nombre de bien de la naturaleza al don de la justicia original, concedido a toda la naturaleza humana en el primer hombre.

Según esa distinción, concluimos que el primer bien de la naturaleza ni sufre disminución ni destrucción por el pecado. El tercer bien de la naturaleza desapareció

⁸⁴ Juan de Maldonado, **Comentarios a los Evangelios de San Marcos y San Lucas**, BAC., Madrid, 1957, pp. 550-551.

⁸⁵ Denz. 188, 1600, 1643, 1627.

⁸⁶ Denz. 160 a, 1785, 1008.

*completamente por el pecado de los primeros padres. Y este bien intermedio, es decir la inclinación natural a la virtud, sufrió disminución a causa del pecado*⁸⁷.

¿Quedó la naturaleza en peor estado que el de naturaleza pura? ⁸⁸ Sobre esto hay una controversia, incluso en las interpretaciones que se han hecho del pensamiento de S. Tomás y de las enseñanzas de la tradición. Parece más fundada la tesis de que el hombre caído es inferior al puro, no por razones intrínsecas sino extrínsecas: sustracción de ayudas y aumento de dificultades.

II. CONSECUENCIAS DEL PECADO ORIGINAL.

Hace unos años, Pablo VI decía a los integrantes de un symposium sobre el pecado original:

*“Pero incluso la teoría del evolucionismo no os parecerá aceptable en el caso de que no retenga la decisiva importancia que para la suerte de la humanidad ha tenido la desobediencia de Adán, protoparente universal”*⁸⁹.

Es de sospechar que no se estaría refiriendo a un caso hipotético sino a hechos reales, como por ejemplo el Catecismo Holandés, que le estaba dando tantos dolores de cabeza. Allí encontramos esta afirmación:

*“No debemos reconocer una significación particular a un cierto primer pecado”*⁹⁰

La historia de Adán, de gloria y miseria, ha sido decisiva para la humanidad. Saquemos solamente algunas consecuencias antropológicas y cristológicas:

1. CONSECUENCIAS ANTROPOLÓGICAS.

Acerca del “hombre prehistórico”. Todos los manuales de historia comienzan por lo que llaman “prehistoria”. Se trata, dicen, de los tiempos que nos escapan por falta de datos. Ello no es exacto, pues la historia no se define por la cantidad o calidad de datos. Habría que llamarla, en todo caso, historia no registrable. Pensamos sin malicia que hay algo detrás de esta aparentemente simple cuestión de palabras, a saber, dudas positivas de que los antecesores de los hombres “registrables” sean verdaderos humanos. ¿Por qué llamar a alguno de estos ejemplares “homo sapiens”? Como si fuese posible que algún “homo” no fuera “sapiens”. Si es “homo” es “sapiens”, si es “sapiens” es “homo”. Se es hombre o no se lo es; no hay término medio. Si hay hombres, hay historia; si no lo hay, no hay historia de ninguna manera. Es más, Adán es más “histórico” que Trajano o Napoleón. Es una burla ponerlo entre los oscuros e intrascendentes “prehistóricos”.

La evolución creadora y redentora. Los paleontólogos se sienten muy seguros al reconstruir, a partir de la cabeza de un fémur, un par de dientes o una vértebra, no

⁸⁷ *Summa Theologica*, I-II, 85,1.

⁸⁸ Se llama “naturaleza pura” al estado, meramente hipotético, en que Dios podría haber creado al hombre, que contaría con todo y sólo lo que es la naturaleza humana. Es decir, sin los dones sobre y preternaturales, y sin el pecado original.

⁸⁹ AAS 58 (1966) 654.

⁹⁰ *Nuevo Catecismo para adultos*, Herder, Barcelona, 1969, p. 254.

sólo la figura física sino hasta las costumbres, estructura familiar, cultura, religión, etc., del mismo que recién llamaban “prehistórico” por falta de datos. Nos inculcan además la idea de que si retrocediéramos en el tiempo nos encontraríamos con seres cada vez más retardados y peludos. Esto está desmentido, no solamente por los estudios serios de antropología cultural⁹¹ sino sobre todo por los datos de la Revelación. Para quien tenga valor la “Palabra de Dios”, aparecerá clara la incompatibilidad del Adán de la justicia original con algún “cavernícola”. Si son ciertos algunos datos de la arqueología referentes a restos humanos de inferior capacidad craneana que la capacidad media actual (cráneos de tal tamaño pueden encontrarse actualmente en hombres verdaderos de muchos lugares), también es cierto que los estudios de la antigüedad revelan altísimos conocimientos “científicos” y “técnicos”, superiores incluso a los de hoy.

Ahora se ha puesto de moda resolver esta dificultad atribuyendo tales conocimientos a los extra-terrestres. Pero en realidad ambos hechos tienen explicación más sencilla. La altísima ciencia de Adán no se perdió repentinamente, sino que éste debió haber enseñado a sus hijos, como lo hace cualquier padre, lo que sabía. Incluso es probable que la muerte no le afectara con la prontitud que lo hace ahora. Su organismo debe haber tenido un gran vigor⁹², lo que le habría permitido educar varias generaciones. Sus descendientes no tuvieron, sin duda, la capacidad de su padre, pero pudieron haber retenido muchas conclusiones sin conocer totalmente los principios. Esta sabiduría, unida a las virtudes morales, que conservan y engrandecen a los pueblos, cultivada por algunos descendientes, habría producido con la ayuda del tiempo y de la organización, grandes culturas y civilizaciones. Paralelamente podría haber aparecido, por algún filum degradado, alguna descendencia que se hubiese extinguido por su propia decadencia, o simplemente estabilizado.

Resulta notable a este respecto el siguiente texto de un viejo monje de Egipto del siglo IV quien, siguiendo, como dice, “antiguas tradiciones”, explica así lo sucedido con los hijos de Adán:

“Tras la muerte del justo Abel, Dios no quiso que el género humano tuviera su origen de un fratricida. En lugar del hermano extinto, nació Set para sucederle en el hogar paterno, pero especialmente para tener por herencia su justicia y su piedad. Los hijos de Set siguieron su ejemplo y se guardaron de toda sociedad con la línea del sacrílego Caín... Las generaciones procedentes de Set sólo hacen alianza con su estirpe y su linaje, permaneciendo por mucho tiempo fieles a la santidad de sus padres y a su común tradición ancestral”.

Cuando la raza de Set, llamados “hijos de Dios” o “ángeles de Dios”, se cruza con la raza de Caín, llamados “hijos de los hombres”, aquella progenie entra en decadencia:

“Olvidaron esta filosofía de la naturaleza que habían aprendido de sus padres. Pues (Adán) había visto la infancia del mundo... Además estaba dotado de una gran plenitud de sabiduría. (...) A pesar de no haber vivido más que un instante en la tierra, daba el nombre a

⁹¹ Cf. Enrique Díaz Araujo, **El Evolucionismo**, Ed. Mikael, 1981.

⁹² Aunque nunca lo hemos visto expuesto, ¿sería necesariamente falso interpretar literalmente los 930 años de Adán, 912 de Set, los 969 de Matusalén?

cada uno de los animales, discernía la ferocidad de las bestias y el veneno de las serpientes. Sabía cuáles eran las virtudes de las plantas y de los árboles, la naturaleza de las piedras, y conocía sin tener experiencia de ello la evolución periódica de los tiempos. Esta ciencia del universo se transmitió de generación en generación en la estirpe de Set mientras se mantuvo separada de la raza sacrílega (...) De la unión de los hijos de Set con las hijas de Caín nacieron hijos peores que sus padres. Fueron robustos cazadores, hombres violentos y forajidos”⁹³.

La doctrina evolucionista, extendida a todos los campos (individual y social, cultural, político, religioso, etc.), no responde a un hecho comprobado sino a un postulado gratuito de las filosofías e ideologías contemporáneas. No es una conclusión científica que se defiende, sino un “a priori” ideológico profundamente anticristiano. Toca de lleno y pone en duda no sólo la existencia del estado de justicia original y el consiguiente pecado, sino la misma creación y la explicación del mal en el mundo. Esa “mentalidad evolucionista” de la que nos han advertido los Papas⁹⁴, prescinde de Dios. Todo lo esperan del hombre y del esfuerzo de la historia. Las miserias del “hombre caído” serán irremediablemente superadas por el tiempo. La evolución es “redentora”, dirá Teilhard de Chardin. Lo perfecto no puede estar al principio sino al final de la jornada humana. No se quiere esperar ni recibir nada gratuito. El estado de justicia original irrita la soberbia del hombre contemporáneo. Es notable la coincidencia de los textos de Marx sobre los futuros tiempos históricos (que nunca van a existir) con la descripción del Paraíso terrenal que hacen los doctores católicos (que si ha existido).

Una moral para el hombre caído. Si es difícil comprender en el orden teórico la medida de la lesión del pecado original y la manera cómo la gracia colabora con la naturaleza, mucho más lo será en el orden práctico.

Por un lado, gracia y pecado han sido polos de una disyuntiva que ha atormentado al hombre. La moral protestante-jansenista se detiene con cierta morbosa complacencia en la consideración del pecado a secas, explorando las bajezas humanas sin la compañía del Redentor, tan sólo bajo la mirada celosa del que es tres veces santo. Con un secreto orgullo quisieron pagar peso por peso la deuda contraída. Como esto era imposible, desembocaron en el pesimismo: el pecado es inevitable, el hombre no puede ser curado hasta el fondo sino sólo cubierto por la gracia (protestantismo); es posible hacer actos buenos, pero en la práctica es algo difícilísimo (jansenistas). Dándose un paso más, lo que es moral se hace algo físico: no es pecado, es enfermedad (Freud). O bien se transforma en algo ontológico, algo que integra la naturaleza misma de la creatura; pura “limitación humana” (Heidegger), “algo ligado a las condiciones de la vida y a la posibilidad misma de vivir” (Jaspers). Con versión menos filosófica, se pliega a este error aquel que cubre todos los pecados con el nombre de “amor”, o el que renuncia a la virtud simplemente por considerarla imposible.

Por otro lado existe toda una corriente moral que piensa que el hombre es naturalmente bueno y, por ende, no necesita la ayuda de la gracia. Como si se

⁹³ Juan Casiano, **Colaciones**. Segunda conferencia del Abad Sereno, Rialp, Madrid, 1958, tomo I, pp. 391-395.

⁹⁴ Cf. S. Pío X, Enc. Pascendi; Pío XII, Enc. Humani Generis; Pablo VI, Alloc. en el Symposium sobre el pecado original, AAS 58 (1966) 654.

encontrara en estado de naturaleza pura. El supremo criterio de moralidad lo da su libertad. Toda norma externa, ya venga de la ley humana, natural o divina, es heterónoma y por lo tanto coartante. La libertad garantiza infaliblemente el bien y no el bien a la libertad. En suma, una moral sin Redentor, sin gracia y sin oración.

Dos errores nefastos. La educación cristiana siempre ha defendido la capacidad del hombre para el bien, la superación de las tendencias pasionales. Pero con la indispensable ayuda de la gracia de Dios. ¡Qué distinta la introspección que hace Freud de la que realizan S. Agustín y S. Teresa! El primero es un ciruja solitario que recorre el fondo oscuro del hombre para buscar basura. Los otros buscan con “la luz del mundo” al que está “dentro de mí mismo”, “en el centro del castillo”. ¡Qué distinta la búsqueda y qué distintos los remedios! Estos se internan con el Médico universal, pues el hombre real no sólo es caído sino también redimido. La educación del hombre es posible, pero sus debilidades exigen la ayuda de la gracia sanante y santificante. Retiros, colegios, campamentos, convivencias, catecismo, dirección espiritual, vida familiar, deporte, amistad, acción política, etc., deben atender siempre ambos aspectos. “Es erróneo todo método de educación que se funde, en todo o en parte, sobre la negación u olvido del pecado original y de la gracia”, decía Pío XI⁹⁵. El mismo que se quejaba: “no hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero”, reconocía que: “todo lo puedo en Aquel que me conforta”; y también: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. El fondo de los dos errores reside en la negación de la posibilidad de que se unan el Creador y la creatura en una tarea común. “No yo sino la gracia de Dios conmigo”, nos confesaba también S. Pablo. Judas fue jansenista y se desesperó: Simón, hijo de Jonás, fue pelagiano, y pecó; S. Pedro, verdadero cristiano, fue fiel hasta la muerte.

La espiritualidad de un militante. En los ambientes cristianos la doctrina jansenista se extendió como una mancha de aceite hasta principios de este siglo. Fue una verdadera pesadilla no sólo por sus principios sino sobre todo porque logró sistematizar una espiritualidad que contagió a escritores espirituales de importancia e incluso a literatos. Ahora se está haciendo virulento el error contrario: el naturalismo. Es decir, no hay hombre elevado, ni caído, ni reparado. La “carne” y el “mundo” no luchan contra el “espíritu”. El “demonio”, si existe, es un extraño, un simple espectador del drama humano. En síntesis no hay militancia porque no hay enemigo.

La verdadera espiritualidad cristiana comienza por un acto de guerra interior: “el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo”. Las consecuencias penales del pecado original exigen toda una espiritualidad de hombre de destierro y no de Paraíso. Desde el valor purificador del trabajo⁹⁶ y la maternidad hasta la ofrenda de la muerte, “milicia es la vida del hombre sobre la tierra”⁹⁷. El crecimiento espiritual del cristiano es una continua ascensión en oposición victoriosa a la “fuerza de gravedad” de las inclinaciones contrarias, pues “la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne”⁹⁸. Además, por el pecado original, el demonio ha acrecentado su poder en el

⁹⁵ Enc. Divini Illius Magistri, Denz. 2213.

⁹⁶ Juan Pablo II, Enc. Laborem Exercens, 27.

⁹⁷ Job 7, 1.

⁹⁸ Gal. 5, 17.

mundo, obstaculizando la santificación. El mismo camino de la santidad pasa para todos por dos zonas oscuras que los místicos llaman “noche del sentido” y “noche del espíritu”, respectivamente. Estas terribles pruebas, que poquísimos superan, son producidas por la infusión de la gracia en “un sujeto imperfecto”⁹⁹. El pecado original produjo división y dispersión interior, por lo que el camino de la recuperación, de la unidad, del acercamiento a Cristo, de la santidad, pasa por la aridez de las purificaciones. Este es el camino ordinario de los “hijos de Adán”. El Concilio de Trento enseña que el bautismo quita el pecado de origen pero deja el desorden de la naturaleza “ad agonem”, para el combate.

Los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, han nacido en la Iglesia para rectificar tres desórdenes capitales: “la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida”¹⁰⁰. De esa manera “se eleva la naturaleza humana a su santidad original”¹⁰¹. Si se olvidan aquellos tres desórdenes nacidos con el pecado de Adán, al desaparecer lo arduo, los votos ya no tienen materia y pierden sentido ascético, reduciéndose a signos proféticos o de mera utilidad apostólica.

Las fundaciones de Adán. Una de las tantas razones que la sabiduría divina pudo tener para haber dejado en pie las ruinas del pecado original, es quizás en orden a facilitarle al hombre un recuerdo perpetuo de humillación, de modo que, aun en medio de más grande despliegue de conquistas científicas y técnicas, no olvide su condición de hombre, de hombre caído y necesitado de gracia y de Redención. La ciudad terrena del siglo XX está empapada de efectos del primer pecado, lo mismo que la de los tiempos de Caín y Abel: muerte, enfermedades del cuerpo, enfermedades psíquicas, ignorancia, disidencias familiares, nacionales e internacionales, libertinaje, ambiciones, pornografía, malicia, etc. Con las correspondientes estructuras necesarias al hombre caído, al hombre real: cementerios, hospitales, clínicas psiquiátricas, asilos, Fuerzas Armadas, policía, pena de muerte, censura, cárceles, médicos, abogados, psiquiatras, etc. Situación de hombre caído que Cristo no dejó de tener en cuenta, con soberana sensatez, cuando fundó la Iglesia, como se ve por ejemplo en su elección del orden sacramental para salvarnos. Pensar en una sociedad sin los efectos del primer pecado sin sus consiguientes estructuras es una utopía tan absurda que acabaría por destruir la misma sociedad humana y con ella al hombre.

La Iglesia quiere que no olvidemos nunca nuestra condición. Por eso todos los años, al comenzar la Cuaresma, marca a sus hijos en la frente con ceniza, mientras los amonesta: “Recuerda, hombre, que eres polvo y al polvo volverás”.

2. CONSECUENCIAS CRISTOLÓGICAS.

Cristo, “segundo Adán”, restaura y explica al primero. Pero, a su vez, Adán explica a Cristo. No es del caso dirimir aquí lo que hubiera ocurrido de no haber habido pecado. Lo que ciertamente se puede afirmar es que de hecho, en la actual economía

⁹⁹ A. Royo Marín, **Teología de la Perfección Cristiana**, BAC, Madrid, 1968, p. 397.

¹⁰⁰ 1 Jn. 2, 16.

¹⁰¹ Prefacio de santas vírgenes y santos religiosos.

de la salvación, la presencia de Cristo con carne pasible está en directa referencia al primer pecado. La iglesia lo canta gozosa el día de la Pascua: “¡Feliz culpa la de Adán que nos mereció tal Redentor!” Adán y Cristo dos misterios que se iluminan mutuamente, como ya nos advertía S. Pablo en su carta a los Romanos.

El plan de Salvación. Se ha hecho común en no pocos comentaristas de la Sagrada Escritura la convicción de que el relato de los primeros capítulos del Génesis no tiene sentido histórico. Se ordenaría, en todo caso, a “ilustrar la tesis de la realidad del mal en el mundo”¹⁰². Con esta apriorística seguridad cubriéndoles las espaldas, comienzan la “Historia de la Salvación” con el éxodo de Egipto, signo de toda liberación. De esa manera se desvincula la Redención de un mal moral personal con el peligro de reducirla a una mera redención política o de algún mal inherente a las estructuras humanas: “pecado del mundo”¹⁰³, o “estructuras sociales de pecado”.

Esto es histórico y teológicamente falso. La “Historia de la Salvación” comienza con la creación y pasa indefectiblemente por los dos estados sucesivos de Adán. El éxodo de Egipto, como toda la historia de Israel, deben leerse desde Adán y Cristo, y no al revés. Fue en el Paraíso donde se pronunció el primer anuncio profético acerca de Cristo: “Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él (ella) te aplastará la cabeza”¹⁰⁴. La Encarnación redentora se realizó “principalmente” para redimirnos del pecado original¹⁰⁵. No conozco esquema más fiel ni más sapiencial de la Historia de la Salvación que el estructurado por S. Tomás de Aquino en la Suma: Dios, lo que de El procede, y el retorno de toda la obra a su principio. Es el esquema de la IV Plegaria Eucarística y está entre las fórmulas propuestas para la catequesis por el Episcopado Argentino¹⁰⁶.

La Redención por la cruz. Dios tenía muchos medios para la salvación del hombre. Eligió el más perfecto. Hoy se quiere reemplazar el concepto de Redención por el de liberación. Aparte de las connotaciones socio-políticas que este último concepto encierra, ya S. Tomás advertía que no son lo mismo. Sería, dice, como ignorar la Encarnación y la Pasión¹⁰⁷. Redimir no es solamente desvincular del pecado, sino que incluye la manera de hacerlo, a saber, pagando un precio. Redimir significa etimológicamente rescatar, comprar de nuevo. Está de por medio nada menos que la Pasión redentora de Cristo. “Sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el cordero sin mancha y sin defecto”¹⁰⁸.

Por otro lado, se ha vuelto a tomar una vieja teoría, nacida probablemente del Abad Ruperto en el siglo XII, y continuada por S. Alberto Magno y Duns Scoto, según la cual Cristo se hubiera encarnado aun cuando Adán no hubiese pecado, como vértice y culminación de la creación. En tal caso, el Verbo se habría encarnado en un cuerpo

¹⁰² J. S. Croatto, *Historia de la Salvación*, Paulinas, Bs. As., 1974, p. 24.

¹⁰³ *Nuevo Catecismo para adultos*, p. 255.

¹⁰⁴ Gen. 3, 15.

¹⁰⁵ Cf. S. Tomás, *Summa Theologica*, III, 1, 4. Ver Denz. 194, 790.

¹⁰⁶ Nº 2 y 27.

¹⁰⁷ Cf. In Sent., 3. d. 20, q. 1, a. 4.

¹⁰⁸ 1 Pe. 1, 18.

triumfal y glorioso. Pero como de hecho hubo pecado, se encarnó también para redimir al hombre pecador. De ahí sólo concluyen que el pecado no es la causa o motivo total y adecuado de la Encarnación sino sólo del modo doloroso como se realizó (Scoto). Se trataba de teólogos creyentes, y ninguno de ellos desconocía el hecho descomunal del pecado de Adán así como el consecuente valor redentor, sacrificial y satisfactorio de la Pasión de Cristo. Lo que afirmaban era sólo una hipótesis que de hecho no se había dado. Pues bien, varios teólogos contemporáneos, reacios por otra parte a toda tesis que huela a medieval, vuelven a aquella especulación, resaltando en la Encarnación casi exclusivamente su valor de unión con Dios, de “nueva y eterna Alianza”, de plenificación de la creación. A su vez parecen desconocer el valor sacrificial, satisfactorio y redentor de la Pasión, como liberación de un poder real de Satanás, acrecentado en el mundo por vacío de Dios. Al leer algunas de sus obras, no parecería que hubiesen “dos ciudades” en pugna teológica, con irreductible enemistad, sino solamente una ciudad que pacíficamente va gestándose en el tiempo. En todo esto hay algo implícito. Queda la impresión de que lo que los antiguos consideraban una hipótesis, la de Adán sin pecado y la humanidad en estado de justicia original, para ellos es un hecho. No hay, parecen decir, deuda que saldar, pecado que borrar y esclavitud de la cual librarse. Podríamos responderles con S. Juan: “El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del demonio”; “sabéis que apareció para destruir el pecado”¹⁰⁹.

En estrecha relación con esta concepción se elabora una nueva espiritualidad sin cruz, sin amor a la Pasión del Señor, desproporcionando y desarticulando todo el mensaje cristiano. Aunque a veces se llama espiritualidad de la Pascua, del Cristo resucitado, de la alegría, se trata de lo mismo: una mutilación de lo esencial del cristianismo. Estos son los nuevos “enemigos de la cruz de Cristo”¹¹⁰. Viejo desliz con nuevos y peores fundamentos. Ya S. Juan de la Cruz reaccionaba en su época:

“Si en algún tiempo le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no le crea ni le abraza aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas. Y jamás, si quiere llegar a poseer a Cristo, le busque sin la cruz”¹¹¹.

Nosotros los “hijos de Adán”, repitamos con S. Pablo:

“En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo”¹¹².

P. RAMIRO SÁENZ.

¹⁰⁹ 1 Jn. 3,8, 5.

¹¹⁰ Fil. 3, 18.

¹¹¹ Carta al P. Juan de Santa Ana, Nº 23, en la ed. de la BAC, p. 1322.

¹¹² Gal. 6, 14.